IV Domingo de Pascua. El buen Pastor

Hechos de los Apóstoles 2, 14a. 36-41; 1 Pedro 2, 20b-25; Juan 10, 1-10

«Yo soy la puerta: quien entre por mí sé salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos. Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante»

30 abril 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«La oveja no busca mi perfección. Conoce mi voz, sabe quién soy. No le gusta la incoherencia, ni la inestabilidad. Desea que sea fiel a mí mismo, a mi verdad, auténtico»

Juan Diego es como yo. Él también tiene miedos. Duda cuando la vida se complica y llegan las dificultades, la enfermedad. Siente que es demasiado pequeño e inseguro. Teme que su vida o la de los suyos corra peligro. Pero no sabe cómo eludir la responsabilidad, el compromiso adquirido. Ha dicho que sí y en un cierto momento se arrepiente. Quiere eludir a María evitando pasar por el monte, da un rodeo. No sabe que María va a ir a buscarlo allí donde se encuentra. Resulta que él no se encontró a María aquel nueve de diciembre. Fue ella quien salió a su encuentro, lo buscó, lo esperó. No fue él, fue ella. Yo también pienso que he encontrado a Dios, que he dado pasos para acercarme a Jesús y hacerme su amigo por el camino. No he sido yo, ha sido Él. Jesús se puso en marcha siguiendo mis pasos, al ritmo de mis miedos avanzó. Juan Diego creyó estar en el cielo aquel día, cuando oía melodías celestiales y el canto de los pájaros. Ese día, cuando recorría el camino que hacía siempre para ir a la catequesis con los sacerdotes, a la ciudad de Tlatelolco, sucede ese encuentro. El camino de siempre ahora es distinto. Todo parece un paisaje celestial, como si se hubiera muerto y ya estuviera descansando con Dios. Una niña joven sale a su encuentro. Él entra en un diálogo íntimo con Ella. Pone una misión en sus manos. Ha de construirle una casita sagrada a la Virgen. Dos veces lo envía al obispo. Dos veces va a presionar sin encontrar respuesta. Le piden una prueba. Él es pequeño, un indio que no sabe mucho. Mejor que mande a otro más capaz. María no quiere porque lo ha elegido a él. Tiene miedo, igual que yo lo tengo y desconfío. Iba por mi camino de siempre y también apareció María en mi vida, olía a cielo en mi tierra. No la vi como la vio él, pero escuché su voz y sus deseos. Y tuve miedo. Podría enviar a otros, mandar a personas más sabias. Siempre las hay. Hablan mejor, son más listas, tienen más memoria, son más humildes y capaces. ¿Por qué me elige a mí? ¿Por qué elige a Juan Diego? Sólo Dios conoce las razones que yo no entiendo. Sabe los caminos que yo ignoro. Juan diego confía. Se deja seducir por un amor más grande que el suyo. Él sólo puede aportar su pobreza, su humanidad, es hombre, es niño y María lo sostiene y cobija. Ya no tiene nada que temer. Así me he sentido muchas veces, desbordado por lo que se me exige y pide. En dificultades, en enfermedades, en dolores. Y no sé responder a sus deseos. Me siento tan débil. La miro desde lo alto de mi cerro. Y huyo de mis lugares comunes para evitar su encuentro. Doy rodeos, muchos rodeos. Y cuando de nuevo me encuentro con Ella, sonrío. Y trato de sacarle la vuelta. Como si no hubiera pasado nada, no doy explicaciones, no me justifico. Ella insiste. Me necesita a mí. ¿Para qué hice un día mi alianza con Ella? ¿Por qué no me quedé tranquilo en mi comodidad de siempre, en mis rutas conocidas, en mis sueños relajados, pequeños y abarcables? Recoge unas flores en un monte, me pide María, las que están a la altura de mis ojos, de mis manos. Es lo que le pide a Juan Diego y él piensa que eso va a convencer al obispo. Será suficiente, cree que esas flores son un milagro. Se siente orgulloso. Como yo cuando hago cosas con mis manos, con mis talentos. Recorro la tierra sembrando semillas. Puedo hacerlo, tengo dones, soy humano. Sonrío al ver crecer los campos. Pienso que soy yo, crecen también el orgullo y la vanidad. Me siento importante, imprescindible. Como Juan Diego en el palacio episcopal, ante el obispo Juan de Zumárraga. Llega con sus flores ante el obispo y las muestra. Está feliz y se asombra al ver la sorpresa del obispo y la de los que estaban en la sala. Se postran ante él. No entiende. Son solo flores, rosas. Él no ve el rostro de María que ha quedado en ese instante impreso en su ayate, en su tilma. Los demás sí lo ven, es lo que ven, a Juan Diego ya no lo ven, como si hubiera desaparecido de su vista. Pasa lo mismo cuando María me envía a llevar la luz de Cristo a los que están en tinieblas. Yo sólo soy el portador de la luz, el cauce del río que lleva un agua nueva.

Los demás al mirarme no me ven a mí. Ven a Dios, ven su rostro, el rostro de María. No es mérito mío. Es la gracia de un amor más grande que me desborda. Eso lo calma todo. Calma los miedos y las dudas y llena el alma de esperanza. Quisiera ser dócil y humilde como Juan Diego, para aceptar con alegría ser sólo un portador, un cauce. Y no querer ser el agua, ni la luz. Se lo pido a mi Madre de Guadalupe, que me sostiene en su regazo, en el hueco de su manto, en el cruce de sus brazos. Ya no tengo miedo, Ella está conmigo. Puedo sembrar a Cristo. Puedo abrir las puertas del cielo con mi pobreza, con mi súplica, con mi humildad. Dejo a un lado el miedo. Dios sabrá lo que puede hacer conmigo, cuando le deje. María me envía de nuevo. Me dejo enviar. Confío. Me ha elegido porque ha querido. No tengo méritos. No es por mí, es por Ella. Su rostro en mi ayate impreso. Aun cuando mi **tilma esté rota, sucia y llena de imperfecciones. No importa. Dios lo hace.**

Dios sigue llamando a quien quiere a seguir sus pasos, a su lado, en exclusividad. Sigue haciéndolo aunque los corazones no escuchen. Su voz resuena, o es un leve susurro que rompe los silencios. No tengo calculadas mis fuerzas, ni mi capacidad de lucha. No he medido la distancia hasta el final de ningún camino. No desoigo las voces de los que me avisan de los peligros, de las tentaciones. El sol sé que desgastará mis fuerzas y la lluvia hará desplomarse el ánimo. Llevaré cuentas del bien que hago, como quien colecciona méritos. Olvidaré mis faltas, para no sufrir demasiado la culpa. Sabré que la vida es la que es, no la que yo he imaginado. Desandaré los caminos que no llevan a ninguna parte. No me olvidaré de lo aprendido y desaprenderé lo que me hace daño. Liberaré mis cadenas para tener las manos libres. Me quitaré las vendas de los ojos para poder mirar con el corazón, que es el que descubre la verdad bajo las sombras. No dudaré de su llamada ni siquiera cuando me falten las fuerzas. Abrazaré como un niño las pequeñas alegrías de la vida, son las que cuentan. Me inventaré amaneceres nuevos cuando el sol no salga como antes. Soñaré sueños nuevos, para no seguir viviendo de sueños antiguos. Rebuscaré en mi baúl de los recuerdos encontrando agua que calme mi sed. Se agolparán en la memoria tantos días de luz que la sonrisa no se me quitará de mi rostro. Amaneceré siempre renovado, sabiendo que un día nuevo se abre ante mis ojos. Recodaré las palabras que Dios me dijo, muy quedo, dentro del alma. Me dijo que era pequeño, yo ya lo sabía, aunque a veces mi orgullo me hacía pensar lo contrario. Me confesó que me amaba, cuando yo no lo quería y no conocía su amor. El amor comienza con el conocimiento, y cuando más conozco más amo. Yo estaba al principio de un largo camino, palpando a tientas señales que indicaran algún destino. Volveré a escribir en un teclado antiguo, buscando en lo profundo de mi pozo. Era más hondo de lo que creía. Más agua había de la que imaginaba. Me insinuó que a lo lejos habría verdes prados, como los que tiene el pastor para sus ovejas. Y me dibujó una barca para recorrer los mares, que yo siempre había temido. Me dijo que mis remos me bastaban y la audacia. Que en algún lugar del alma la encontraría. Y aprendería a sortear las olas grandes, esas imposibles que nadie conoce. Y podría verlo a Él caminando sobre las aguas, si miraba fijo al frente, dejando de mirar al suelo. Y escucharía su voz más de una vez, porque una nunca basta. Y me diría que sí, que era a mí a quien Él miraba, yo siempre pensé que era a otro. Se había fijado en mí, puro capricho, no había razones que yo comprendiera. Y me diría que sí, que era Él el fantasma de mis sueños. Él el que me gritaba llamándome por mi nombre. ¿Cómo sabría mi nombre si yo mismo lo ignoraba? Y yo respondía tranquilo, como si siempre hubieran estado ahí su voz, su presencia, su consuelo. Y una mano amiga me tocaría la frente dejándome una marca. Y un abrazo fiel de Madre se abrazaría a mi espalda sujetando mis miedos. Eran tantos. Y luego la paz, y el caminar de mis pies sujetando los mares. Como si yo fuera parte de las aguas o ellas mismas parte de mi vida. Y sonreiría nervioso mirando hacia lo lejos, muy en lo hondo, muy en la distancia. Y levantaría los brazos dando gracias al cielo. Duele el corazón al recordar momentos. Y se alegra el alma al sentir su mirada de nuevo, otra vez en mi pecho, en mis manos, en mis ojos. Miradas que se encuentran. Palabras que se escuchan. Y la soledad acompañada de su compañía. Y de las vidas que puso en mi camino para recorrer la senda. Un camino difícil de imaginar desde el principio, no podía. Y luego el consuelo y la paz. Y esa sensación de saber que estoy donde Él quería, en ese mismo lugar, en este mismo instante. Haciendo lo que puedo, ¿qué más podría hacer? Simplemente estar ahí, escuchando, sabiendo, conociendo, caminando, navegando. Sigue dando miedo el abismo abierto ante mis ojos. Y la respuesta cansina de los vientos repitiendo una misma llamada, como un eco. La voz de Dios dicha en un susurro, caída sobre mí como una suave lluvia. Dios sigue llamando, cuando Él quiere, como quiere. Sigue despertando vidas dormidas y saciando almas insaciables. Sigue sosteniendo a los caídos y consolando a los que sufren. Sigue

alimentando a los hambrientos y alegrando a los tristes. Con mis pies, con mis manos, con mi voz, con mi silencio. Es Él, siempre es Él. Sigue dibujando caminos imposibles en lugares llenos de sombras, haciendo que la luz de su verdad ilumine los senderos. Nunca dijo que sería fácil seguir sus pasos. Sólo dijo que nunca me arrepentiría de haber tomado el timón de una barca escondida. Sabiendo que su amor sanaría las heridas. Y me mandaría ángeles en el camino para sostener mi cansancio y darle sentido a todo. **Sólo por ti, le dije un día, en medio de las luchas. Y Él sonrió conmovido.**

Con el tiempo he aprendido a descubrir las cosas que me dan vida, alegría, esperanza. He hecho una lista para no olvidarme. Sé ponerles un nombre a los pozos llenos de agua que me permiten calmar la sed. Soy capaz de ver la luz en medio de las sombras. El oro brillando oculto en el barro. Sé qué cosas son las que me construyen por dentro, las que me dan alegría y paz. He aprendido a valorar los momentos sagrados en los que soy yo mismo, cara a cara ante mi verdad. Amo a las personas que me muestran mi rostro, lo reflejan en su semblante lleno de paz. Ante ellas me siento pleno, veo que estoy completo, nada me falta ni me sobra. En esos momentos sé que la vida que vivo es la que quiero vivir siempre. Tengo paz y seguridad. Es como si un trozo del cielo se hubiera hecho presente en mi tierra, en la caducidad de mis pasos. Por eso tengo muy claro cuándo estoy yendo por el camino que me alegra el corazón y cuándo no. Veo la luz y sé que las decisiones tomadas han sido acertadas. No me da miedo el futuro, me siento seguro y en paz. Como si todo encajara y tuviera un sentido que se revela ante mis ojos como algo mágico. Es curioso, son momentos de luz, de esperanza. Los guardo, los atesoro porque sé que no duran eternamente. Pasan y dejan su lugar a otros lugares, a otras sensaciones y sentimientos. Intuyo cuáles son los caminos que me pierden. Me doy cuenta cuando siento que las señales que me solían marcar el camino a seguir súbitamente han desaparecido. Sé en qué momentos mi vida se hacen fuertes las esclavitudes que me quitan la alegría y no me dejan respirar. Como decía el Papa Francisco: «*El demonio me tienta. Divide, no quiere que esté unido con mis hermanos. Y me lleva a la desesperación*». Es así, me tienta, me hace creer que los caminos que sigo son los buenos y me conducen a prados verdes: «*En verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas. El Señor es mi pastor, nada me falta*». Creo que el mal pastor es el bueno y no ese otro que me hablaba del cielo. Me convencen sus argumentos, sus artimañas. Creo en él, en su escaso poder. Hace lo mismo que hace Dios y por eso lo llaman el mono de Dios, porque lo imita. Entonces me parece que será verdad todo lo que me promete. Me equivoco, no es así. No son buenos sus caminos. No son sabios sus consejos. No es verdad todo lo que me dice. Me seduce, me engaña sutilmente con mensajes confusos. Me lleva a la perdición sin que me dé cuenta. Me dice que yo soy bueno, que soy el mejor y que mis hermanos no me valoran, ellos no valen nada. Por eso me saca de mi centro, de mi hogar, de mi núcleo, de mi verdad, de mis amigos. Me separa de los que me aman, creando barreras insuperables, abismos que me alejan de mi familia. Me susurra al oído con sus palabras convincentes, el tono de su voz es tan seductor que me fascina. Me hace pensar que fuera, los demás, sí valorarán mi forma de ser, mis conocimientos, mi sabiduría, mis maneras, mis palabras. Ellos sí, los que están lejos, no los de cerca que no ven más que mis debilidades y flaquezas. Me anima a volcarme fuera, en el mundo, esperando que sean ellos los que calmen la sed de mi alma, la insatisfacción que cargo cada día. Me dirá al oído que la vida es injusta conmigo, sólo conmigo. Que no hay derecho a que los demás ocupen el lugar que a mí me corresponde por valor, por sabiduría. Que no tiene sentido que otros tengan éxito mientras yo fracaso. Que es por envidia que me critican y juzgan cuando yo valgo mucho más que ellos, soy más inteligente, más capaz, mejor persona. Y brotan entonces el odio y la envidia en mi alma. Me dice ese demonio con su lengua sibilina, que no está mal que critique a mi hermano y lo condene. Que Dios necesita que hable mal de los otros para que yo crezca y parezca mejor. Además, se lo merecen. No ha hecho bien las cosas. Y me dice muy bajito, para que sólo yo lo oiga, que no hay nadie tan bueno como yo en todo lo que hago. Que ellos son mediocres, se confunden, yerran, se equivocan, hacen todo mucho peor, sin mi habilidad, sin mi maestría. Me recuerda que tengo siempre la razón, que acierto cada vez que hablo y mis decisiones son las correctas. No critico, en realidad, sólo muestro la verdad como es a los que no logran verlo. Y justifico así mis pecados, mis debilidades, mis carencias. Los demás son más débiles y yo soy un incomprendido. Criticando a mi hermano me quedaré solo, es verdad, pero no importa, haré mi camino. Los caminos que me hacen daño me suelen aislar. La mentira me encierra en mi piel alejándome de mi hermano. La envidia y el odio envenenan mi corazón y no me dejan ver todo lo bueno que hay en mi hermano. El orgullo, la soberbia, la vanidad, el egoísmo. Todo hace que mi

corazón se llene de sombras y oscuridades. No brilla la luz del sol, no descubro mi verdad porque me dejo seducir por mentiras. Creo que soy mejor de lo que realmente soy y aun así no logro ser feliz, no me dan paz las mentiras que me seducen. No veo los pastos verdes prometidos cuando me dejé llevar por sus mentiras. No tengo la paz prometida, ni la alegría que me dijo vendría a mi alma. Ese pastor no era el verdadero, el bueno, el que me iba a salvar. Era la mentira del demonio disfrazada de luz. **No es posible vivir así, necesito encontrar otros caminos, aunque duelan.**

Seguir al buen Pastor duele, pero es el camino que me da la vida. Seguir la verdad duele porque cuesta aceptar mis pecados, mis flaquezas, mi mediocridad y optar por el bien, por el amor, por lo que me hace libre. Hoy sé que tengo que cambiar, lo escucho: «*¿Qué tenemos que hacer, hermanos? Pedro les contestó: - Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo para que se os perdonen los pecados, y recibiréis el Espíritu Santo. Escapad de esta generación perversa*». Quiero cambiar de vida, convertirme de verdad y no sólo mejorar ciertos hábitos. No es tan sencillo cambiar, porque cuesta. Los cambios son buenos, siempre escucho, pero me cuesta cambiar de verdad y dejar atrás viejas costumbres que me enferman. Me cuesta dejar a los falsos profetas que me prometen tierras mejores, desoír las voces que me hacen seguir rutas falsas. Hoy Jesús me recuerda: «*Yo soy la puerta: quien entre por mí sé salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos*». Es la puerta por la que tengo que pasar. La puerta que me conduce a la vida. No sé si es ancha o estrecha, lo que sé es que esa puerta se encuentra oculta bajo los ramajes y no logro encontrarla con facilidad. Me cuesta ver la puerta escondida. Esa que debe tener una contraseña que yo desconozco, está cerrada con llave pero no veo la cerradura. Necesito aguzar mi vista para ver mejor. Quiero aprender a ver la luz entre las sombras. Ser oveja es el camino, ser hijo, ser niño, ser dócil. Me creo mejor que otros y no escucho, no busco, no elijo a otros. Me busco a mí mismo. No sé elegir la puerta que no se ve con claridad. No sé entrar en ese redil donde Jesús me promete que seré feliz y pleno dejando atrás lo que no me regala esa felicidad. ¿Puedo ser más feliz de lo que soy ahora? Esta pregunta vuelve siempre al corazón. Hay tantas otras puertas posibles abiertas cerca de mí. ¿Cómo sé cuál es la puerta que me conduce a la vida plena y libre? Hay demasiadas puertas aparentemente posibles. Muchos cantos que me seducen. Veo algunas puertas que permanecen cerradas. Otras que están abiertas. Algunas me llevan a parajes anchos, bellos y llenos de luz. Otras me conducen a las sombras, lugares lúgubres y fríos donde no me siento en casa ni feliz. No sé qué puedo hacer para encontrar el camino correcto que me dé la felicidad. No sé cómo dar con la puerta adecuada. Jesús es la puerta que conduce a la vida. Jesús es el Pastor verdadero a quien necesito seguir: «*El Señor es mi pastor, nada me falta: Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre. Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término*». Jesús es el pastor que me conduce a los pastos más ricos, más verdes, más llenos. ¿Cómo tomo las decisiones importantes en mi vida? ¿Cómo es la oración que me conduce a Dios y me permite encontrarme con mi verdad? Quisiera saber cómo tener una vida más plena. Jesús me lleva a descansar a su lado. No quiere que haga muchas cosas. Me dice que todo va a ir bien y yo lo creo. Me conduce a la puerta que me hará feliz y pleno. A menudo no lo quiero escuchar, no me atrevo a saltar, a dejar que la barca navegue sin tener fijo el timón, sin controlar si las velas van a resistir las tormentas. He tenido buenos pastores en el camino de mi vida. He encontrado padres que me han enseñado cómo vivir. No es sencillo oír a los buenos pastores, porque los que son malos también gritan y su voz me conmueve. Me creo lo que me dicen y luego veo que es mentira, que no hablan desde su verdad, que no son coherentes, o abusan del poder que tienen sobre mí. Es tan fácil abusar cuando tengo el poder. Es tan sencillo querer que hagan lo que yo deseo sin pensar en lo que ellos desean en su corazón. Temo usar mal mi poder de pastor cuando lo tengo. Temo no ser un pastor coherente, fiel, tierno, sencillo, alegre. Temo no dar libertad a los que se me confían y herirlos. Esas heridas que se guardan para siempre. A veces me tienta no tener ese poder. No tener que acompañar a nadie, para no herir sin querer las almas fieles. Preferiría no tener que asumir ese ser pastor. Me gustaría desentenderme y esconderme, protegerme para que no puedan acusarme de nada. Aun así veo que hay muy buenos pastores junto a mí. Sé que son aquellos que no se ponen en el centro. No piensan en su bienestar sino en la paz de los demás. Anteponen las necesidades de aquellos a los que acompañan a las propias. Son humildes, verdaderos, sensibles, tiernos. Han aprendido que los gritos no conducen a ninguna parte. No se dejan llevar por la ira, por la rabia, por la envidia, por la

frustración. Conocen a los que caminan a su lado por el nombre y ellos reconocen su voz. Piensan en ellos, en su bienestar, más que en su propio éxito. No quieren controlar sus vidas ni dirigirlas. No quieren sacar provecho de ellos. Sólo insinúan caminos de salvación para los que quieran escucharlos. No presionan, no imponen. Saben escuchar lo que necesitan. Leen con humildad en sus almas sin querer decirles lo que les convienen. **Respetan, cuidan, acompañan en silencio.**

Para ser un buen pastor uno tiene que ser antes una buena oveja. Hay que ser hijo antes que padre. Alumno antes que profesor. Educando antes que educador. Más que eso, uno no puede dejar nunca de ser oveja, hijo, alumno, educando. No puedo dejar de aprender. Es necesario sentir que nunca sé lo suficiente. No quiero tener esa extraña sensación de autosuficiencia que a veces me asalta. Como si lo supiera todo, como si siempre yo tuviera la razón. En esos momentos es cuando dejo de vivir de acuerdo con el Evangelio. Me olvido de la obediencia mientras que se la exijo a otros. Me olvido de aprender mientras les pido a los demás que aprendan. Como si yo ya hubiera llegado a alguna meta imposible. La vida es un camino, un deambular por la tierra siguiendo las huellas confusas y ocultas de Dios. No siempre tendré la respuesta correcta y no sabré lo que hay que hacer muy a menudo. Me siento frágil y necesito mirar al buen Pastor, a Jesús y pedirle que me enseñe a acompañar a otros en el camino. Que me haga peregrino, capaz de perder la vida por los demás. Hoy me dice Jesús cómo hace el buen pastor, cómo lo hace Él y cómo lo tengo que hacer yo: *«Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños».* Jesús se deja conocer por los que lo siguen, por aquellos a los que acompaña. No esconde su alma, no pretende dar una imagen perfecta. Así es el pastor en el que creo. Sabe cuáles son sus límites. No los oculta, los comprende, los muestra sin miedo a que por eso aparezca pobre y desvalido ante los otros. No busca esconder sus miserias cuando estas son tan notorias. El que me ama me conoce. Y de nada me sirve pretender ser perfecto. La oveja no busca mi perfección, no viene conmigo porque tenga todas las respuestas. Simplemente va a mi lado porque conoce mi voz, sabe quién soy. No les gustan los dobleces a los hijos, ni la incoherencia de vida, ni la inestabilidad de mi ánimo. No quiere que hoy diga una cosa y mañana opte por la contraria. Sólo desea que sea fiel a mí mismo, a mi verdad, que sea auténtico. Que no esconda mis puntos de vista, mis opciones, mis deseos. Que sea el mismo hoy igual que mañana. Que mis cambios de ánimo no lo arrasen. Ni mis durezas hieran su corazón sensible. No quiere esa oveja, ese hijo, ese hermano que tenga un corazón duro y rígido. Quiere que sea flexible y me adapte a lo que la vida me pueda deparar. Que acepte los imprevistos sin miedo. Que asuma las consecuencias de mis actos. Que no esconda la mano cuando arroje la piedra. Que acepte las derrotas igual que las victorias, feliz, tranquilo, seguro. Quiere que no dude continuamente y me pedirá que vaya delante, por si acaso, por si la vida se vuelve difícil o insegura. Quiere que mi vida se coloque delante de la suya para detener los peligros y las amenazas. Me conoce y no tiene miedo. Pienso que a veces puedo dar miedo. cuando no reacciono bien con las críticas. Cuando mis posturas son demasiado duras y exigentes. Cuando me ven inflexible en mis puntos de vista, incapaz de cambiar de opinión. Tendrá miedo de mí y de mis reacciones cuando no estén de acuerdo con lo que yo digo o hago. Temerán defraudarme, y buscarán continuamente que esté contento con ellos, que los apruebe. Como si en eso consistiera el amor. Y no es así. No deseo que estén contentos conmigo. No quiero agradar siempre. No busco comportarme de una manera determinada por miedo a desencantar a quien admiro. Mis pastores van delante y los admiro por lo que son, por lo que viven. Los sigo en los momentos delicados de mi vida, cuando me paralizo ante una encrucijada en el camino. En esos momentos tiemblo y la voz conocida de los pastores a los que amo me da seguridad. Sé que no son perfectos y cometen errores como yo. Sé que no siempre tendrán la respuesta que busco. No siempre me dirán la frase que solucione todas mis dudas y aliente mi ánimo cuando este decaiga. Sé que estarán ahí en medio del bosque. Sujetando una antorcha ante mis ojos para que no me pierda, para que no me despiste por rutas imposibles. Sé que el pastor volverá a buscarme, cuando me haya alejado lejos de su mirada. No me enojaré, no perderé la calma, seré paciente. Y cuando sea yo el que me pierda no me desesperaré, aguardaré a escuchar la voz del pastor que me ama. Y siempre, en lo profundo de mi alma, escucharé la voz de Jesús que conoce muy bien mi nombre, mi necesidad. Sabe cuáles son mis miedos. No me dice que no tendré miedo nunca. Sólo me pide que sea valiente, audaz, fiel en lo pequeño. Consciente de mis límites. Me pedirá que no dude, que Él siempre caminará conmigo. Estará a mi lado cuando yo desespere. Y me pedirá que no deje caer nunca la esperanza. Necesito ser oveja, niño, hijo, cada día, para poder seguir

siendo pastor, hombre, padre. Sólo si vivo lo primero podré ser maduro en mi forma de acompañar a los que Dios me ha confiado. Lo haré con humildad. Sabiendo que el amor de Dios es el que me va a enseñar a caminar siempre. Me ayudará a conocer la voz de los míos. Conoceré la voz de mi pastor. Sabré que los caminos son largos. Habrá oscuridades y sombras. **Bajadas y subidas y sobre todo momentos en los que tendré que tomar decisiones que marquen mi vida.**

Jesús es el buen Pastor que nunca me olvida. No se olvida de los suyos, de los que le pertenecen. Quisiera entrar en su redil. Ser de los suyos: «*Os aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon. El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante*». Ha habido muchos pastores en mi vida que me han confundido, los sigue habiendo. Hay personas que me quitan la paz y me turban. Personas que no me acercan a Dios, me alejan. Hay momentos en mi vida en los que me siento perdido y lejos de mi centro, lejos de Dios. Cuando no soy consciente de mi verdad, de mi yo auténtico. No toco el cielo, sino la oscuridad de la noche. Son voces que me tientan y confunden. Puertas extrañas que me alejan del pastor. A menudo me alejo y siento que me falta la paz del alma. Él me dice hoy que voy a tener vida en abundancia si lo dejo entrar en mi vida, si dejo que Él tenga la última palabra. ¿Será verdad? A menudo siento que el buen Pastor solo pone normas en mi camino y me exige una perfección que no logro. ¿Podré algún día hacerlo todo perfecto? Imposible. Cometeré errores, tomaré decisiones equivocadas, me alejaré del camino o seguiré caminos falsos que me alejarán de mi verdad. Veo que Jesús no quiere eso. Sólo pretende que permanezca a su lado, que no me aleje. No me exige la perfección que no está a mi alcance. Nunca podré hacerlo todo bien. Pero se alegrará cada vez que logre hacer el bien: «*Si obrando el bien soportáis el sufrimiento, hacéis una cosa hermosa ante Dios, pues para esto habéis sido llamados*». Soportar el sufrimiento. Aguantar que el otro triunfe cuando yo no lo hago. Permanecer en la sombra mientras a mi alrededor otros brillan. Aceptar mi renuncia como un camino de crecimiento. El otro día leía algo sobre el enamoramiento o el verdadero amor: «*Porque empiezo a preguntarme si estar enamorada es esto: que no te importe hacerte pedazos para que la otra persona pueda permanecer entera*»[1]. Es quizás eso lo que es el verdadero amor. Es eso lo que hizo Jesús por mí, el buen pastor. Se dejó matar para que yo tuviera vida en abundancia. El que ama es capaz de renunciar sin esperar nada a cambio, ni siquiera que el otro, el amado, conozca mi renuncia. Vivir así el amor me suena extraño, casi como de otro mundo. Yo no amo así, no lo he aprendido. Sé que si renuncio por ti tengo que decírtelo, a ver si tú luego haces lo mismo por mí y quedamos en paz, sin deudas pendientes. Llevo cuentas del bien que hago. Renunciar a ti por amor, renunciar para que tú tengas vida, me parece algo divino, algo que se me escapa, que no está en el repertorio de mis gestos de amor. A veces es un repertorio escaso y algo egoísta. Lleno de detalles que a mí me gustan, pero que no sé si son totalmente hechos sin esperar nada a cambio. Son gestos condicionados, motivados por tus actitudes y comportamientos. No nacen de un amor incondicional. No reaccionas igual dependiendo de mi comportamiento, de mis gestos. Me siento tan frágil en mi forma de amor. Tan mundano, tan egoísta. Las palabras que hoy escucho me dan esperanza: «*El no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas os han curado. Andabais descarriados como ovejas, pero ahora habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas*». Jesús renunció a todo por mí. Renunció a defenderse, dejó que triunfara la injusticia, dejó que el odio pareciera más poderoso que el amor. No fue así al final. Triunfó el amor, triunfó la vida del pastor, «*dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas*». El ejemplo del amor del pastor pasa por la cruz. Se dejó matar, se dejó llevar al Calvario, para que yo sepa cómo seguir sus pasos. Fue manso y humilde de corazón. Actuó desde la humildad. Desde la pobreza. Desde la renuncia. Cuando te insulten, calla. Cuando te juzgan injustamente, no te defiendas. No sé hacerlo. El pastor es un fracasado, un reo de muerte. El pastor muere y se dispersan las ovejas. Es por un tiempo solo, unos días. **Luego vendrá la vida, la eternidad, el amor que no muere porque es más fuerte que el odio.**

[1] Ali Hazelwood, *La hipótesis del amor*